

## ECONOMÍA Y DIOSSES ARTIFICIALES

*Miguel Alfonso Martínez-Echevarría*

### I. EL PROBLEMA DEL ORDEN: ACCIÓN Y LIBERTAD.

En el estado actual de nuestra cultura, la economía podría ser definida como aquella ciencia que se enfrenta con el problema del orden. Para que esta definición no naufrague en su propia amplitud, se suele añadir, que principalmente se refiere al orden no intencional, al no diseñado a priori, al espontáneo, en otras palabras al que genera el mercado. De momento, vamos a dejar a un lado la supuesta no intencionalidad del orden, para prestar toda nuestra atención al núcleo mismo del problema del orden.

Hablar del orden es otro modo de hablar del sentido de la acción humana. Son dos términos inseparables que se refieren el uno al otro. De este modo la economía hace referencia a la acción humana, más en concreto, al sentido y finalidad de la acción humana.

Los animales que no tienen acción, sino comportamiento, no tienen problema con el orden, en realidad son naturalmente ordenados, o mejor dicho, están naturalmente ordenados. Ningún animal es ecologista, no tiene preocupación alguna por alterar ningún equilibrio ecológico, que desconoce, haga lo que haga siempre estará ordenado, se comportará como es debido, entre otras cosas por que no le queda otro remedio. Los animales no tienen economía, el orden no es su problema.

El orden es por tanto un problema esencialmente humano. Ni los dioses ni los animales tienen economía. Se podría decir que Dios hizo al hombre de tal manera que no le quedara más remedio que ser económico, para que tuviese que actuar, para que se viera

obligado a diseñar un orden, a buscar el sentido de su acción. Dentro de lo arriesgado por lo impropio que en estos casos resulta el recurso a metáforas teológicas, podría decirse que el hombre es imagen de Dios porque ordena, porque actúa. Bajo cierto aspecto la descripción que se hace en el Génesis de la creación, constituye el relato de una progresiva ordenación, que culmina precisamente con la aparición de un ser, el hombre, destinado a descubrir el sentido de esa ordenación. La capacidad que se le ha dado al hombre de ordenar su propia acción tiene una directa referencia a la creación, aunque ciertamente ordenación y creación no sean lo mismo, guardan una cierta relación.

## II. LA RUEDA DE LA FORTUNA.

El problema del orden se le plantea al hombre inexorablemente y de modo inmediato. Constituye la esencia misma de su acción. No actúa de modo espontáneo, sino que necesita diseñar su acción, primero situarse en su entorno, observar la naturaleza, lo que pasa a su alrededor; y en seguida se da cuenta de que no encaja en ese entorno, de que no está establecido lo que tiene que hacer. Por contraste, los animales y los vegetales parecen estar perfectamente encajados y adaptados a su entorno, viven encerrados en su mundo, se sienten impulsados a hacer lo que está previsto que hagan. En cierto sentido se podría decir que dan la impresión de ser inmortales. Todos los años aparecen las mismas moscas y mosquitos, las mismas amapolas, las mismas hojas, etc., que siguen las mismas e inalterables pautas de conducta. Nunca he estado en condiciones de asegurar que la mosca de este verano no sea exactamente la misma que la del año pasado. Por otro lado, debo reconocer que tampoco estoy dispuesto a prestarle mucha más atención a este problema.

Este sentirse desencajado, y como distante de la naturaleza, ese observar las cosas desde fuera, le otorga al hombre conciencia del control de su acción, y a la vez le da sentido del tiempo, por tanto, de su mortalidad. Necesita pensar antes de actuar, se ve obligado a diseñar su acción, a buscar fines, para lo cual casi su entera vida es un continuo aprendizaje. Vive fuera de ese permanente instante, sin pasado ni futuro, en el que viven los animales, tiene capacidad de prever y preocuparse, vive proyectado hacia un fin que nunca parece acabar de alcanzar su plenitud. Ese no sentirse adaptado a la naturaleza, no quiere decir que se situó fuera de ella, su condición animal le urge a fines muy inmediatos y vitales, pero siempre,

aún en estos casos, siente que de algún modo todo lo que le rodea no puede constituir su hogar definitivo. Esto le lleva a una sensación de soledad frente al resto de la naturaleza que ya recoge la Biblia<sup>1</sup>. Sólo él tiene conciencia de que el tiempo se le acaba, de que se irá para no volver, de que no ha sido incluido en esos ciclos naturales de renovación, y deja esas llamativas y peculiares señales de su salida que son las tumbas. Nietzsche describe la condición humana de una manera extrañamente atormentada: el hombre, dice, es "el animal no fijado todavía", "el animal sin acabar"<sup>2</sup>. No encaja en ningún lado, siempre desea estar en otro sitio, o lo que es lo mismo en ninguno. Es un eterno insatisfecho. Nada le aplaca, nada le consuela. Su vida es un continuo *agon*, una lucha por encontrar su sitio, por volver a un hogar<sup>3</sup>.

Esta imagen del movimiento circular de los ciclos de la naturaleza, del constante repetirse de lo biológico, desde la primavera al invierno, y del invierno a la primavera, constituye la más primitiva representación hecha por el hombre del problema del orden. Podríamos decir que es el primer intento de, una primera explicación del orden de las cosas, del telón de fondo, del marco sobre el que se desarrolla la acción humana. El hombre es dueño y diseñador de su acción, pero encuentra la resistencia de la naturaleza. Una cosecha sembrada, destruida por el inesperado pedrisco, el hallazgo de agua donde no se esperaba, etc. Parece como si unas fuerzas ocultas, personalizadas en un deidad femenina, la Fortuna, apoyaran o se opusieran a los designios humanos. El hombre tiene que luchar contra un designio. Un *fatos* del que difícilmente puede escapar. La fortuna con una impasibilidad que desconcierta al hombre, parece controlar el giro de los ciclos de la naturaleza, otorgando sus favores o arrojando sus desgracias sobre los designios de los hombres. Recurrir a la rueda, ese gran invento humano, para representar el orden del universo tiene mucho sentido. Se mueve sobre un eje inmóvil, y por eso mismo es el símbolo adecuado para expresar la tensión entre lo móvil y lo inmóvil, que constituye la esencia del problema del orden. Mientras más lejos del centro, mayor es la movilidad y más contingente es todo lo que ocurre. En el centro mismo la inmovilidad y la permanencia son absolutas.

1. Gen. 2,18: "no es bueno que el hombre esté solo... para el hombre no encontró una ayuda adecuada"

2. Citado por M. Buber, *¿Qué es el hombre?*, Madrid, 1990, p. 59.

3. Para entender el sentido "agonal" de la vida del hombre, ver J. Y. P. Choza, *Ulises, un arquetipo de la existencia humana*, Ariel, 1996.

En Roma, en la cúpula de la iglesia de Santa María del Popolo, encima de la tumba de Chigi hay una maravillosa alegoría de la rueda de la Fortuna. En la circunferencia exterior aparecen representados los planetas, los dispensadores del destino. En un círculo más pequeño, dentro, y por encima de ellos, figuran las inteligencias que los mueven. En el centro con las manos alzadas, para dar una pista de su identidad, figura el Motor Inmóvil<sup>4</sup>. Esta cristianización de una imagen pagana pone de manifiesto la persistencia en el mundo medieval de las concepciones del mundo antiguo.

Pero, no hace falta remontarse hasta la frontera de la Edad Media para ver representaciones de la rueda de la Fortuna. Basta abrir cualquier suplemento dominical de un periódico, o buscar en la "Red de redes" (Internet), para tropezarse con esa otra representación más utilitaria y menos grandiosa que es el horóscopo. El hombre actual sigue intrigado, como el antiguo, por lo que le depara el destino, y de algún modo se siente formando parte de un orden que no controla, al que pretende sacarle ventaja recurriendo a la magia, y a la caprichosa protección de extraños demiurgos. En cualquier caso creo que no hay modo más impresionante y sobrecogedor de describir la rueda de la Fortuna que la que hace el Dante, por boca de Virgilio, en el canto VII del Infierno<sup>5</sup>.

La razón de la persistencia de la imagen de la rueda de la Fortuna a lo largo de los siglos, puede ser debida a que constituye una representación bastante simple del orden del universo, que proporciona un indispensable marco para dar sentido a la acción, y que de algún modo ayuda a responder a las preguntas sobre el destino, sobre lo que se puede esperar y hacer. El hombre no actúa en el vacío, necesita de alguna referencia, de algún modelo de acción, de alguna orientación sobre el sentido de su vida. El éxito de las poesías de Homero, y de las tragedias griegas, lo constituye el que representa un catálogo de modelos de conductas, de ordenes humanos, en los que la gente puede reconocerse, y alabarse o despreciarse: corregirse. Por el mismo motivo a los niños pequeños le gustan tanto los cuentos, y el teatro de guiñol. Delante de sus ojos van desfilando modelos muy simples de conducta, que se repiten de generación en generación, que les proporcionan orientación acerca de quienes son y en que mundo viven, sintiéndose naturalmente atraídos o repelidos ante esos modos de conducta. Es importante hacer notar que les gusta especialmente oírlos en

4. J. Seznec, *The survival of the Pagan God*, New York, 1990.

5. Versos 73 y ss.

grupo, con otros niños, porque así se sienten más seguros e identificados con ellos mismos, cuando al unísono, con los otros, gritan a la princesa que huya del malvado dragón que la persigue. La representación dramática genera esa "catarsis" imprescindible para que cada uno, en el fondo de su corazón, reconozca inmediatamente el esplendor de la verdad<sup>6</sup>, la fuente de donde procede la plenitud de la acción. Que profundidad antropológica tiene el comentario de aquellas señoras que salían de haber presenciado el desarrollo de una gran obra de teatro: ¡cómo hemos llorado, pero qué bien lo hemos pasado!

Si se me permite un cierta e inofensiva ironía, podría decirse que los modelos actuales de la economía guardan todavía un notable parecido con ese primitivo ancestro que vendría a ser la rueda de la Fortuna. En el centro de esos modelos suele estar el mercado, que no tiene las manos elevadas, pero que de algún modo pretende hacerse pasar por el motor inmóvil, ya que sus manos son invisibles. Con lo cual algunos mal pensados podrían sospechar que podría hacer trampa. En la periferia están las pequeñas divinidades de la microeconomía, que fijan los destinos y las conductas de las empresas y consumidores. Las cotizaciones de la bolsa vendrían a ser el nuevo horóscopo que informa de la situación favorable o desfavorable que han decidido los planetas monetarios sobre el destino económico inmediato de los pobres y desvalidos agentes económicos. Cuando los economistas neoclásicos, insisten que los agentes siguen una conducta maximizadora, en el fondo están asignando un destino que viene exigido por el equilibrio de ese motor inmóvil que es el mercado, alrededor del cual gira todo el sistema.

### III. LOS INTENTOS PAGANOS DE EXPLICAR EL ORDEN.

Probablemente sean los sofistas los creadores del más primitivo y rudimentario modelo de la rueda de la Fortuna. Observando lo que sucede en la naturaleza, el mundo de lo sensible, donde el gavilán se come a la paloma<sup>7</sup>, llegaron a la conclusión de que el orden debe consistir en que unas conductas se impongan sobre otras, que los intereses de los fuertes y astutos se impongan a los de

6. Sobre este tema, ver A. Ruiz Retegui, *Pulchrum*, Madrid, 1998, p. 67.

7. La fábula del gavilán y la paloma está magistralmente descrita por Hesíodo en *Los trabajos y los días* y la comenta con referencia a lo que debe ser la justicia. Como se ve ya desde muy antiguo, el hombre ha mirado a su alrededor para ver dónde encontrar modelos de conducta.

los débiles y candorosos<sup>8</sup>. Pero, en el caso del hombre, la fuerza no reside principalmente en las alas ni en las garras, sino en la palabra, un instrumento mucho más potente que permite movilizar la fuerza física de muchos al servicio de unos pocos. Los sofistas vendrían a ser los primeros en dar importancia al arte de convencer, de imponer las propias opiniones o intereses, de manipular las conductas de los demás. En el fondo estaban convencidos de que sólo existe un único orden, el de cada momento, y por tanto, en cuanto necesario e inevitable, un orden amoral, donde no es posible hablar ni de bien ni mal, sino de eficacia, de éxito en el logro del poder. La conducta adecuada sería el *carpe diem*, saber sacar el máximo placer de cada momento, de cada sucesión de instantes inconexos en que vendría a consistir la vida del hombre<sup>9</sup>. El mundo de los sofistas es el la versión más primitiva del mundo de los ejecutivos, de los machos dominadores de la *Tyche* (la Fortuna)<sup>10</sup>, esa caprichosa pero fecunda, atractiva y siempre feliz, divinidad femenina. Lo importante es subir por los radios de la rueda para ir a los centros de poder y hacerse con el control.

A Platón, le pareció tan grosera esta explicación naturalista que se sublevaba, y en parte debido a la autoridad de sus descalificaciones, los sofistas, hasta comienzos de este siglo, han sido el paradigma de gente vana y confundida, incapaces de apreciar la belleza y la bondad. Para Platón, la lamentable confusión de los sofistas proviene de que no admiten más conocimiento que el de los sentidos, y por tanto son incapaces de superar la causa material. No han sabido salir de la caverna y bajo la plenitud de la luz de la razón haber descubierto la existencia de una causa formal, de una idea ejemplar inmutable y perfecta, de un orden al que se ajustan todas las cosas. Sólo la razón puede ir más allá de los sentidos y descubrir el orden perfecto.

Su famoso diálogo *La República* está dedicado a la búsqueda de ese orden, y bajo este aspecto es uno de los primeros grandes libros de economía. En el seno del orden perfecto que diseña Platón,

8. Una postura en absoluto general y compartida. Sófocles, en *Antígona*, levanta su voz para hacer ver que hay otra ley que no imponen los más fuertes.

9. Durante mucho tiempo hasta este siglo, la sofística estuvo injustamente tratada. Ciertamente tiene sus méritos. Pero es llamativo que hoy día haya pasado a tener prestigio y admiración. Muchos elementos del pragmatismo y amoralismo de los sofistas encajan perfectamente en el planteamiento materialista de muchos economistas y empresarios.

10. En el mundo pagano lo femenino es la representación de la inconstancia y el capricho; por eso, la Fortuna, el cambio arbitrario e imprevisible, es una divinidad femenina, que vive felizmente la crueldad que causa. El cristianismo, por el contrario, ha recurrido a lo femenino para representar el asiento de la Sabiduría.

en la ciudad ideal, cada uno conoce perfectamente la conducta que le corresponde, se ajusta exactamente a sus tendencias e inclinaciones naturales. La vida allí sería aparentemente perfecta y feliz, pero, según parece, algo falla, algo empaña la vida feliz de esa ciudad maravillosa. Platón es el primero en detectar esa anomalía: de un modo paradójico, no exento de ironía, pero que en principio desconcierta, designa al orden perfecto con el nombre de "ciudad de los cerdos". De este modo parece que quiere hacernos ver que en el seno del orden perfecto, de la felicidad humana sobre la tierra, hay algo inhumano, algo que lo hace aborrecible.

Desde tiempos tan remotos como los de Homero, la imagen de la actividad más propia del hombre sobre la tierra, ha sido el caminar en busca del hogar definitivo. Todo relato, sea cuento infantil o novela para adultos, sitúa la felicidad al final, de algún modo más allá del relato. En algunas tendencias de la novela moderna, ni siquiera esta bien visto un final feliz. Lo más interesante, lo que atrae del relato, lo que debe constituir el núcleo del argumento, es la lucha, la superación de obstáculos y peligros que abren finalmente la puerta a la felicidad, o a algo parecido. Pero, no hay nada más antiestético y grosero que intentar definir la felicidad. Toda descripción de la felicidad es una burla, una falsificación. La verdadera felicidad es inefable. Marx que era un hombre inteligente, jamás se le ocurrió describir en que podía consistir el paraíso comunista, y si lo hizo fue de pasada, y con una cierta vergüenza. Por eso todo modelo perfecto de ciudad, de orden humano acabado, es como un cuento que comienza por el final, algo que no tiene interés. Toda supuesta felicidad perfecta sobre la tierra tiene el regusto de algo inhumano, de algo que implica un cerramiento muy parecido a los animales.

Además, los intentos de imponer un supuesto orden perfecto sobre esta tierra, conllevan siempre consecuencias muy amargas para los hombres. La perfección exige la unicidad del orden, que se convierte así en lecho de Procusto, que violenta toda acción que no se ajuste a ese único patrón. Surge un sistema totalitario, un orden cerrado sobre sí mismo, una verdadera "ciudad de los cerdos", donde los hombres tratando de vivir como dioses acaban comportándose como bestias<sup>11</sup>. Un orden perfecto sobre la tierra plantea serios problemas al sentido de la acción humana. Ante la perfección la única acción posible es la contemplación, el arrebató y el

11. Sobre este tema, aunque en muchos aspectos es muy parcial e injusto con Platón, es interesante el trabajo de Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, 1994.

éxtasis, pero entonces la vida civil se convierte en un sin sentido. En realidad vida civil y contemplación son incompatibles en el seno de un orden perfecto. La teoría política de Platón desemboca en un callejón sin salida.

Aristóteles intenta superar el antagonismo entre los sofistas y Platón, porque en cierto sentido ambos llevan razón. Su gran aportación al problema del orden es haberlo presentado en términos de finalidad. La esencia del orden es conocer el destino al que tienden naturalmente todos los hombres y todas las cosas. No basta conocer la materia y la forma de una cosa, es imprescindible conocer su destino, su finalidad. Para conocer lo que es una bellota no basta simplemente con saber de que está hecha, y que forma tiene, sino que es imprescindible conocer su finalidad, tener experiencia, haber visto como evoluciona, como con la ayuda del entorno, llega a convertirse en una encina. La idea de finalidad pone de manifiesto tanto la relación que existe entre las cosas y su entorno, como el sentido de unidad y coherencia de la totalidad, y, lo que es muy importante, da sentido al tiempo. El tiempo sólo tiene sentido cuando cabe la posibilidad de aumentar la perfección.

El enfoque finalista del orden que diseña Aristóteles constituye el modelo más completo de la rueda de la Fortuna. El orden no se logra por violenta imposición de una determinada forma, sino que requiere tiempo para desarrollar hábitos y costumbres, una *ortopraxis*, una práctica bien orientada, que permite irse aproximando poco a poco a la perfección. Esto sólo es posible en el seno de una comunidad donde se viven costumbres en común, donde puede surgir la *praxis* adecuada. Así como el mejor caballo de carrera se logra seleccionando a los mejores sementales y yeguas, poniéndolos en las mejores pastos, con los mejores cuidadores y entrenadores, los mejores hombres se vendrían a obtener de un modo parecido. La "Política" y la "Ética" explican como sería posible mejorar las ciudades y obtener los mejores hombres y, desde este punto de vista, vendrían a ser dos grandes y venerables tratados de economía.

Del diseño de Aristóteles se extrae a una conclusión muy importante: el hombre es un ser perfeccionable, que tiende a un fin, que sólo puede descubrir desarrollando su acción en un ambiente adecuado, en la mejor de las comunidades posibles. Pero hay también algo que bloquea este excelente diseño: no es fácil establecer cual sea el fin del hombre. Son muchos los ordenes, las ciudades, que pueden los hombres diseñar, y no hay un criterio claro de cual sea el mejor, siempre y en todo lugar. Por otro lado persiste el problema de la contemplación que, para Aristóteles, como para Platón,

es la más alta acción del hombre, y que sin embargo no puede alcanzar su plenitud y perfección en ninguna ciudad. El sentido del tiempo que descubre Aristóteles, tiene unas relaciones complejas con la contemplación, por un lado el tiempo es imprescindible para llegar a la perfección, por otro lado la contemplación parece excluir el tiempo. Ciertamente la contemplación es lo más excelente, pero no es posible sin la vida civil, mediante la cual el hombre se perfecciona. No tiene nada de extraño la perplejidad de Aristóteles. Era evidente que había algún problema, algún misterio, encerrado en el destino del hombre, y en el sentido del tiempo.

Aristóteles habría llegado hasta donde puede la razón en el diagnóstico del problema del orden, habría aportado todos los elementos, finalidad, relación, unidad, y tiempo, para que apareciera la historia, pero, para dar ese paso, era necesaria la apocalipsis cristiana, una intervención divina.

#### IV. LA APARICIÓN DE LA HISTORIA.

La irrupción del cristianismo desvela que la plenitud del hombre, su destino, es efectivamente la contemplación de Dios, como acertadamente habían intuido Platón y Aristóteles, pero esa plenitud de la acción, esa participación en el orden perfecto, no pertenece a la vida mortal del hombre, está más allá de todo posible diseño de la rueda de la Fortuna. El hombre no puede descubrir la plenitud de su fin, y mucho menos alcanzarlo, sin la gracia de Dios. Abandonado a sus propias fuerzas no sabe a donde conduce su camino.

La apocalipsis descubre en grandes trazos los planes de Dios. Manifiesta que ha habido una creación y habrá una consumación de los siglos, un juicio final, un *eschatón*. Entre esos dos extremos, aparece el *saeculo*, lo que en el lenguaje actual llamaríamos historia, un tiempo que rompe con la circularidad de lo mítico, y apunta hacia un destino eterno. Con la apocalipsis se abre la historia, el tiempo propio de la acción humana, la incoación de un orden que alcanzará su plenitud en el *eschaton*.

Apocalipsis e historia son las dos caras de una misma moneda, no pueden separarse la una de la otra. Toda secularidad es la otra cara de un sentido de la trascendencia. La historia, la plenitud del orden, implica el reconocimiento de que toda autoridad procede de Dios. Al hombre se le ha otorgado poder para actuar, pero no la autoridad, que es un atributo exclusivamente divino. En la icono-

grafía medieval se representa a Cristo, señor de la historia, con la esfera del mundo en una mano y dos dedos levantados en la otra, símbolo de la autoridad, sólo él constituye la última y plena respuesta. Los hombres sólo tienen poder, sólo pueden ser representados levantando la mano, símbolo de la razón que desea saber y por eso pregunta e interroga en busca de sentido. En el diálogo que Jesús mantiene con Pilatos, este le dice que tiene poder para matarlo o soltarlo, y Cristo no se lo niega, pero le manifiesta que su poder remite a la autoridad de Dios.

San Agustín en la Ciudad de Dios pone las bases de la teología de la historia, del sentido cristiano del orden. Niega que en el seno del cristianismo quepa ninguna teología política, ninguna sacralización del orden presente, como de hecho sucede en el modelo de la rueda de la Fortuna, donde los dioses y los hombres comparten un mismo ámbito, están bajo la misma bóveda temporal y espacial. El mensaje cristiano siempre tiene algo de paradójico, Dios es Creador y Redentor, pero absolutamente trascendente, está fuera del tiempo y del espacio, no cabe confusión posible entre la ciudad de Dios, el orden pleno y perfecto, más allá del tiempo y de la historia, y la ciudad de los hombres, el orden siempre perfeccionable de los que caminan sobre la tierra en el seno de la historia. La historia es un tiempo abierto a la perfección en el que continuamente resuena un "todavía no", su esencia misma es una tensión hacia la perfección de la entera humanidad y de cada uno de los hombres. No es cierto que el cristianismo sea tan individualista como algunos afirman, la salvación es para todo el género humano, y se realiza en el seno de esa comunidad que es la Iglesia.

La historia descubre aspectos muy importantes para entender el sentido del orden y la acción humana en esta tierra. En primer lugar, si todo orden histórico es perfeccionable, queda abierto el camino a lo que hoy llamaríamos progreso o desarrollo. El empeño humano por mejorar nunca concluye. Sobre esta tierra la razón se encuentra con una tarea inagotable, que es precisamente lo que desconcertaba a Aristóteles. Los avances de la ciencia, la técnica, la producción, las artes, etc., forman parte del plan divino. La fe no sólo no cierra el camino a la actividad de la razón, sino que lo despeja, lo amplía increíblemente, y lo hace andadero. Mientras la historia permanezca abierta, todas las generaciones tendrán tarea que realizar, podrán mejorar lo que hicieron las generaciones anteriores; otra cosa es que lo consigan.

La historia rompe con el totalitarismo implícito en todos los esquemas político del paganismo, y establece un espacio para el

ejercicio de la libertad. Ningún orden humano es perfecto, ninguna obra de los hombres es divina y absoluta. Nadie debe postrarse y adorar lo que es obra de los hombres. No sólo es una blasfemia, sino que es indigno de cualquier hombre. Cuando los mártires cristianos se niegan a reconocer la divinidad del emperador, y mueren confesando que Cristo es Señor de la historia, dejan subrayado con su sangre que todo orden humano sólo merece ese nombre si reconoce su intrínseca imperfección, si respeta la libertad que Cristo ha logrado para todos los hombres. Si hay algo divino sobre esta tierra estaría más bien en el destino final de cada hombre, que en las obras de sus manos, o en el orden existente en cada momento. En esto consiste precisamente el respeto a la dignidad del hombre, fundamento de lo que hoy llamamos derechos humanos.

Surge así el sentido de la tolerancia y el respeto a la opinión de los demás. En esta tierra la perfección no es alcanzable, lo cual no quiere decir que no exista de algún modo, pero por ser reflejo de una perfección que desborda todas las posibilidades humanas, se manifiesta mejor en la diversidad que en la unicidad. La diversidad de opiniones sobre como construir un orden, no sólo no es señal de imperfección, sino que en cierto sentido es manifestación del esplendor y riqueza de la verdad.

La necesaria unidad que tiene que tener todo orden surge precisamente de ese respeto a la variedad de las opiniones de cada uno de los hombres. Cada hombre, con su singularidad irreplicable, es en sí mismo, no sólo por sus obras, una mejora de la perfección del orden existente sobre la tierra. En ese sentido el cristianismo fomenta sobre la tierra una actitud integradora y cosmopolita, tiende a la unidad del género humano, a una ciudad universal. El sentido cristiano del progreso no es excluyente sino integrador, no sólo busca ayudar a todos, servir a todos, sino contar con todos. Nunca podrá reducirse a la acumulación de bienes externos, porque inexorablemente ese tipo de visiones materialistas del progreso llevan al absolutismo y a la exclusión. El verdadero sentido del desarrollo y del progreso apunta a crear condiciones de libertad para que todos los hombres, desde una creciente diversidad, puedan ayudarse mutuamente, actitud que no sólo no impide la deseable mejora material, sino que la hace mucho más humana y liberadora.

Como consecuencia de esa búsqueda incesante de la perfección del orden humano en que consiste la historia, no tiene nada de extraño que se hayan desarrollado muchos intentos de aclarar el sentido de la acción del hombre sobre la tierra. Han surgido toda clase de fideísmos, milenarismos, falsos profetismos apocalípticos,

teísmos, panteísmos, ateísmos, etc., que han tratado de dar respuesta a esa importante pregunta.

Unos, que de algún modo pretendían ser platónicos, han intentado construir repúblicas de santos, donde la gracia y las virtudes cristianas vendrían a ser instrumentos al servicio del siempre limitado e imperfecto orden de la ciudad. Desde esta perspectiva, y con la mejor de las intenciones se han intentado implantar auténticas tiranías totalitarias en las que, para erradicar todo pecado y debilidad, se imponía una triste imagen de lo que es el esplendor de la verdad. Podríamos citar una larga lista de nombres: Joaquin de Fiore, Guillermo de Occam, Marsilio de Padua, Jeronimo Savonarola, jansenistas como Nicole y Arnau, cuyas obras, por cierto, se encontraban en la biblioteca de Adam Smith, Calvino, Cronwell, etc., así hasta llegar a algunos de los actuales teólogos de la liberación, y de los que quedan por venir, de aquí a que se acabe la historia.

Otros, desde una antropología radicalmente pesimista, han intentado construir lo contrario: una república de pecadores y egoístas. Curiosamente el resultado ha sido muy parecido. Resulta, por ejemplo asombroso, y muy educativo, estudiar el paralelismo de las conclusiones que se alcanzan desde el riguroso ascetismo del jansenismo de Nicole, y desde el cinismo hedonista de Mendeville. Tan absurdo es pretender construir un orden terrenal sobre la idea de que todos son santos, perfectos y elegidos, como sobre la idea de que todos son corruptos y depravados.

Están además los que han pretendido una vuelta al paganismo, los que han buscado salirse de la historia, desde Juliano el apóstata o Maquiavelo<sup>12</sup>, que añoraban abiertamente los viejos tiempos paganos, hasta, en nuestros días el poeta Flaubert que se deshace en elogios de un supuesto tiempo cuando "los dioses habían desaparecido, Cristo no había llegado todavía, y entonces, entre Cicerón y Marco Aurelio, hubo un momento único en que el hombre estuvo sólo".

En cualquier caso, y visto desde la perspectiva de la historia, a todos ellos les debemos de algún modo agradecimiento, han contribuido a que los que venimos detrás pudiéramos evitar sus mismo errores, y sacar provechos de sus aciertos, que siempre, incluso en medio de los errores, no dejan de aparecer.

12. Mediante la *virtú* el nuevo sentido maquiavélico de la virtud, el hombre se puede apoderar de la naturaleza y de la historia. "Deus sive Fortuna" (Maquiavelo), que luego se transformará en "Deus sive Natura" (Spinoza). La nueva fuerza es la técnica, el dominio y astuto uso de las fuerzas que están dadas en la naturaleza inanimada o de los hombres. El pecado es la ignorancia en el uso de las fuerzas que permiten frenar a la acción de la Fortuna.

## V. LAS LIMITACIONES DEL HISTORICISMO.

Todos los intentos de clausurar la historia, ya sea mediante un precipitado adelantamiento del *eschaton*, o mediante un vano intento de regresar, no precisamente al paganismo, sino a una extraña idealización romántica, han supuesto la desaparición de esos grandes logros cristianos, que son la secularidad, la libertad, y la tolerancia política, el ámbito propio de la verdadera acción humana. Algo que vio muy claro el prudente Locke, cuando rechazó un planteamiento como el de Hobbes, que se había propuesto prescindir de la historia.

El gran mérito de los ilustrados escoceses, como Ferguson, Hume, Steuart, Smith, es que supieron darse cuenta de que para mantener valores como la libertad, el no absolutismo, la secularidad, la tolerancia, la integración y el cosmopolitismo, era inevitable mantener la historia. Los diseños contractualistas de la sociedad, que de un modo u otro han pretendido la supresión de la tradición y de la historia, desembocan inexorablemente en el absolutismo y la tiranía. Pero desgraciadamente, como suele suceder también hoy día, es muy probable que los ilustrados escoceses no fueran conscientes que los valores que defendían son radicalmente cristianos, por eso su loable intento tuvo éxito desde el punto de vista práctico, pero estaba condenado al fracaso desde el punto de vista teórico. Supusieron ingenuamente, por motivos que no puedo ahora detenerme a explicar, que valores tan nobles debían tener vida por sí mismos, por eso cometieron el grave error de arrancarlos de sus profundas raíces cristianas. No es posible construir una historia prescindiendo de la apocalipsis. El simple enunciado de esta tarea es por sí mismo su epitafio.

Evidentemente han sido muchos más los intentos de elaborar falsas reconstrucciones de la historia, que se pueden designar como historicismos, pero no tenemos tiempo ahora tan siquiera de citarlas. Sólo diré con la imprecisión que supone la falta de matices, que todas ellas han pretendido lo mismo: quitar la autoridad de las manos de Dios, y ponerla en manos de dioses artificiales. Dejarse llevar de esa persistente y terrible tentación de reconstruir el becerro de oro<sup>13</sup>.

13. En Exodo 32 se relata cómo los israelitas deciden hacerse un dios artificial: "haznos un dios que vaya delante de nosotros". Este suceso es el tipo de la continua tentación que siente el hombre mientras esté en la tierra entre los fines inmediatos y el fin último que, aunque no se oponen, de ningún modo se deben confundir.

Pero ahora sólo voy a dedicar mi atención a la aportación de los escoceses, y por motivos de brevedad, especialmente en la de Hume, que puso los cimientos teóricos de ese historicismo que se ha llamado economía política, y de algún modo al de ese sucesor que ahora se llama capitalismo. Un diseño cuya vitalidad y fuerza proviene de su apropiación de valores cristianos, y cuya debilidad consiste en la insuficiente fundamentación teórica.

Separados de su raíz, esos valores se han convertido en motivo de confusión y de escándalo, y los intentos por superar las debilidades de su fundamentación teórica han llevado a formulaciones tan interesantes como las de Burke, Malthus, Marshall, y la más recientes de Keynes, que por desgracia tampoco podemos pararnos a comentar.

Para mantener la historia, aunque sea en apariencia, hay que volver inevitablemente al diseño de Aristóteles, pero no exactamente al mismo, sino a una especie de degradación. Podría decirse que el rechazo de la apocalipsis, implica también el rechazo de las posibilidades de la razón. En el genuino diseño de Aristóteles la razón, desarrollada y alimentada en el seno de la comunidad, orienta hacia la perfección, permite elegir lo mejor de lo que se comparte en común. En esa gran falsificación que hace Hume del diseño de Aristóteles, la razón pasa a desempeñar un papel secundario, de algún modo, como sucedió con la fe, queda expulsada de la comunidad, y se convierte en algo que pertenece al ámbito del individuo. Son las pasiones, sobre todo la vanidad, las que, en el diseño de Hume, gobiernan e impulsan los fines de la comunidad.

Mientras la negación de la perfección intramundana que impone la apocalipsis, potencia el papel de la razón, y amplía la posibilidades de la acción, el antiperfeccionismo de Hume, reduce el papel de la razón y sustituye la acción por la conducta. Pero, conviene advertir que, en cierto sentido, Hume es muy coherente al sospechar de la razón. Sin apocalipsis, y manteniendo la primacía de la razón, hubiera sido muy fácil, como le sucedió a Platón y Aristóteles, caer en la tentación de diseñar un fin intramundano, un orden perfecto sobre la tierra, que llevase al absolutismo y a la supresión de libertad. Pero, si la razón queda excluida, sólo queda como alternativa acudir a las pasiones.

Sin embargo, para Hume, apoyarse en las pasiones evitaba recurrir a cosas que juzgaba tan problemáticas como la fe y la razón. Pensaba que la historia podía construirse solamente sobre algo que consideraba tan neutral y universal, tan natural, como el deseo que tiene todo hombre por mejorar su condición. Desgraciadamente

tampoco tenemos tiempo para analizar de donde provino ese miedo a la fe y a la razón, y las consecuencias que de ello se siguen.

En un orden que se basa en dar primacía a las pasiones, la libertad sólo puede consistir en suprimir restricciones, y por contraste, el orden sólo puede consistir en ponerlas. La libertad y el orden se hacen entonces incompatibles, que es la gran tragedia de la fundamentación teórica de los liberales. De un lado el orden se convierte en un sistema de producción creciente de riquezas, imprescindible para que la satisfacción de las pasiones sea lo más extensa y permanente posible, pero al mismo tiempo ese orden así concebido sólo puede ser efectivo mediante una creciente reducción de la libertad. Se plantea entonces un dilema imposible de resolver.

El no cerramiento de una falsa historia, empujada por las pasiones, por el deseo incesante de la mejora material, sólo puede consistir en progreso materialista y cuantitativo, en incremento incesante de las riquezas. De este modo, y por la vía de hecho, se instaura un único criterio de orden perfecto: el que produce mayor riqueza material. ¿Es acaso imperfecto un orden que no tenga como finalidad la acumulación?. Es muy significativo que todos los liberales, que desconocen la profundidad del problema del que surge su tradición, insistan en que el capitalismo es el mejor sistema porque es el que más riqueza proporciona, con lo cual lo constituyen en absoluto, traicionando el antiperfeccionismo en el que tanto insistieron sus padres fundadores.

Si la esencia del orden sobre la tierra consiste en multiplicar la riqueza material, el progreso se hace unidireccional, y la única perfección posible se reduce a un aumento incesante de la división del trabajo, que requiere apoyarse en un aparato estatal cada vez más potente, y en unas empresas cada vez más concentradas y monopolísticas. La libertad, entendida como falta de restricciones, se hace cada vez más inexistente.

Afortunadamente el escondido perfeccionismo de la economía política se ha ido haciendo cada vez más patente. ¿Quién garantiza en una historia reducida a progreso cuantitativo que la acumulación no cambie de sentido?. Ha sido Keynes el que ha formulado las preguntas claves: ¿qué garantiza que la ley de Say tenga que cumplirse siempre? ¿Quién puede asegurar que los planes que se hacen en el pasado coincidan exactamente con lo que va a ocurrir en el futuro? ¿Quién puede asegurar que el dinero es siempre neutral? Bajo el diseño de la economía política acecha escondido un perfeccionismo que podría llevar a un aburrimiento y falta de libertad muy parecido al de la ciudad de los cerdos.

La historia exige una continua lucha y un deseo de mejorar la teoría y la práctica, en su seno siempre habrá una lucha entre fuerzas opuestas, no solamente humanas, pero de momento ninguna puede imponerse. Por eso la economía es la ciencia del orden, pero no la del orden perfecto, que nunca existirá, sino la ciencia que estudia como se puede mejorar el orden ya existente.

### COMENTARIOS

*Carlos Rodríguez Braun*

Mi tesis es que la visión del profesor Martínez-Echevarría con respecto al liberalismo está equivocada y pierde la oportunidad de explorar las facetas religiosas de la noción de la mano invisible.

Un punto en el que creyentes y no creyentes de buena voluntad nos podemos poner de acuerdo es que el hombre no es perfecto. Cuando se afirma que está "destinado a descubrir el sentido" de la creación, la expresión es equívoca si no se aclara que ese sentido es Dios; pretender que está destinado a descubrir el sentido de lo que le rodea antes de morir quebranta el principio de la imperfectibilidad humana.

Una idea crucial de la Escuela Escocesa de Filosofía Moral era precisamente esa, la de nuestra inerradicable incapacidad para entender las razones últimas de la realidad humana y social. Declara el autor que "el hombre es imagen de Dios porque ordena, porque actúa"; el hombre ordena y *actúa pero no entiende todo*, puesto que en tal caso ya no sería imagen de Dios, sino Él mismo.

Tras apuntar que "el hombre no actúa en el vacío, necesita de alguna referencia", cita el autor a las tragedias griegas. Precisamente lo que las caracteriza, y la razón por la cual se han convertido en categorías universales, es que los protagonistas humanos se ven empujados hacia desenlaces que no desean ni pueden prever. Así, la comprensión del orden inevitable de las cosas queda necesariamente vedada a los hombres.

Aparece en este contexto la mención a la mano invisible, cuya noción fundamental no presenta el profesor Martínez-Echevarría correctamente. El mercado no es una magia tramposa sino un orden creado por la acción humana, pero cuya totalidad nos resulta inaprensible. Por desgracia, en la metáfora de la mano invisible muchos analistas se han quedado sólo con el sustantivo, con la idea de que hay "alguien" que nos manipula a su arbitrio. Las metáforas en economía son siempre peligrosas, y no fue ésta la excepción.

Cabe insinuar que lo que quiso subrayar Adam Smith con esta idea no está en el sustantivo sino en el adjetivo; lo importante de la mano (o lo que sea) es que es invisible, la contemplación de la misma supera la capacidad humana. Por eso me atrevo a pensar que hay una conexión entre esa idea y la religión; aunque pueda conjeturarse que Smith derivó la metáfora de sus admirados estoicos, la cercanía de éstos con la perspectiva religiosa parece clara, y la mano invisible como imagen divina cuenta con referencias bíblicas.

De esa modestia por nuestra ignorancia ante realidades que se nos escapan, típicamente religiosa, deriva la tradicional cautela liberal: tengamos cuidado a la hora de interferir en órdenes que desconocemos. La mentalidad intervencionista, en cambio, pone el énfasis en la visión conspiratoria de "alguien" que maneja el mercado. Esta mentalidad late en una imprudente afirmación del autor: "Las cotizaciones de la bolsa vendrían a ser el nuevo horóscopo que informa de la situación favorable o desfavorable que han decidido los planetas monetarios sobre el destino económico inmediato de los pobres y desvalidos agentes económicos".

Ya tenemos las bases del intervencionismo, porque si el mercado es trampa o está conscientemente dirigido, si los seres humanos no somos más que "pobres y desvalidos", es lógico que el poder político interfiera en este irracional e inicuo mecanismo. No digo, por supuesto, que el autor lo sostenga, mas como advirtió John Stuart Mill: somos dueños de nuestros actos y nuestras ideas, pero no de sus consecuencias. El discurso del autor subyace en las incontables incursiones del poder contra las libertades y labores de sus súbditos.

El texto continúa después por ese camino. Se habla de "manipular las conductas de los demás" y se identifica a los ejecutivos como sofistas o "machos dominadores". Otra vez, la idea es que alguien tripula el mercado; y otra vez, la conclusión que cae por su propio peso es que hay que impedirlo. Por cierto, la mayoría de los ejecutivos que yo conozco no sólo no piensan que dominan el mercado sino que curiosamente creen, porque lo comprueban todos los días, que lo que sucede es justo lo contrario.<sup>14</sup>

14. Una aclaración sobre Marx. Es cierto que no explicó en qué consistía el paraíso comunista, salvo algunas escasas alusiones (con Engels) en *La ideología alemana* y otros textos, pero no lo hizo porque la verdadera felicidad fuera inefable, sino porque creía que nuestras ideas estaban supeditadas a la realidad; como el socialismo no existía, no había forma de pensar sobre él. Esta disparatada concepción se resume en una de las frases sonoras y equivocadas de Marx, en la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859: "No es la conciencia del hombre la que determina su ser social, sino su ser social el que determina su conciencia".

Acierta el autor al destacar el carácter totalitario de los órdenes perfectos y al aclarar ahora sí que toda teleología racional nos extrae de este mundo: la razón sólo nos permite entrever un destino final trascendente, Dios. Antes del final no podemos, nuestra inexorable deficiencia nos lo impide, aunque, eso sí, nuestra débil percepción de la realidad social nos indica que los fines colectivos son propios de sociedades despóticas o primitivas: una cosa es pensar en "una tensión hacia la perfección de la entera humanidad" y otra cosa es que en este mundo se exija la cohesión de la sociedad en torno a unos fines determinados, porque tal pretensión es el pórtico de la tiranía.

En las atractivas líneas en las que el autor recuerda el diálogo de Jesús con Pilatos pudo haber evocado esa notable pregunta del mandatario que Nuestro Señor no contestó: ¿Y qué es la verdad? El silencio de Jesús<sup>15</sup> no puede ser más demostrativo de nuestra incapacidad de alcanzarla, y todo ello entronca con la tradición liberal, desde los escoceses del XVIII hasta Popper y Hayek en nuestros días.

La distorsionada imagen del profesor Martínez-Echevarría acerca del liberalismo aparece con nitidez hacia el final de su papel. Al criticar a quienes pretenden repúblicas de santos menciona unos pensadores "que tanto influirían en Adam Smith" y en una larga lista que termina en la teología de la liberación, nada menos. Reconvenzo con cariñosa severidad al autor, por dos razones. Una es que el propio Smith virtualmente no cita a esos pensadores, con lo que le ruego que me aclare en qué lo influyeron "tanto". La segunda razón, y también ruego, es que me informe de qué puntos en común unen al moralista escocés con las teorías de los teólogos de la liberación, que tanto daño han hecho a la juventud, especialmente en mi continente natal, donde sus variantes más extremistas han llegado a la justificación del terrorismo o de regímenes despóticos.

Estoy lejos de ser un gran experto en Smith, pero cuando leo que al autor, y con razón, le parece tan absurdo creer que los hombres son todos santos como creer que son todos depravados, no puedo evitar recordar que el espíritu y la letra de la *Teoría de los sentimientos morales* van precisamente en esa prudente y razonable dirección.

En cambio, no es nada prudente el autor al englobar a los escoceses con el ateísmo y con la pretensión de "quitar la autoridad de las manos de Dios y ponerla en manos de dioses artificiales; dejarse llevar de esa persistente y terrible tentación de reconstruir el becerro

15. Hay una respuesta clara en términos religiosos: Dios es la verdad (Jn 14,6).

de oro". Esta caricatura está en las antípodas del pensamiento de Adam Smith, y no es apropiado que el autor aluda en general a los escoceses y después diga que "por motivos de brevedad" se limitará a hablar sólo de Hume. Opino que se le puede exigir más precisión porque, como dijo Ortega con gracia y acierto, "una cosa son los hombres de una escuela y otra cosa es un grupo de gramófonos".

La cuestión de la exclusión de la razón en los escoceses (en Hume, y sin duda en Ferguson y Smith) deriva otra vez de la noción de imperfectibilidad, y de los peligros que vio Adam Smith en la mentalidad dogmática, en el doctrinario *man of system* que "se imagina que puede organizar a los diferentes miembros de una gran sociedad con la misma desenvoltura con que dispone las piezas en un tablero de ajedrez"<sup>16</sup>.

Es cierto que los escoceses estudiaron las pasiones, en el sentido de los motivos de la conducta humana, pero lo que les interesaba era poner en claro que la sociedad y la convivencia civilizada provenían de una pasión fundamental de las personas, tanto para Hume como para Smith, que es la de preocuparnos por los demás. Es verdad que otra pasión es la de mejorar nuestra propia condición, y por eso se la discute como incentivo para la creación de riqueza y bienestar. Pero el profesor Martínez-Echevarría confunde estas dos ideas, y sugiere que las pasiones son mero desenfreno y el deseo de mejorar nuestra propia condición no es más que ofuscado apetito materialista. El papel culmina de forma dramática: "En un orden que se basa en dar primacía a las pasiones, la libertad sólo puede consistir en suprimir restricciones, y por contraste, el orden sólo puede consistir en ponerlas. La libertad y el orden se hacen entonces incompatibles, que es la gran tragedia de la fundamentación teórica de los liberales".

Podemos concluir reafirmando lo sostenido al principio: la idea que el profesor Martínez-Echevarría tiene del liberalismo no resiste la contrastación con los textos. Los liberales no sólo no dan primacía a las pasiones en un mundo sin reglas, sino que sostienen que la libertad estriba en el respeto a las reglas; por nombrar sólo un libro, el último de Hayek, el argumento central de *La fatal arrogancia* es precisamente ese: el "orden extendido" es producto de los frenos que contienen las pasiones humanas. No es justo acusar al liberalismo de entender la libertad "como falta de restricciones",

16. Adam Smith, *La teoría de los sentimientos morales*, Madrid, Alianza, 1997, pág. 418.

porque para esa doctrina no existe incompatibilidad entre la libertad y el orden –un orden, recuérdese, no inteligible.

La obsesión de los liberales con el capitalismo y el materialismo es otra acusación infundada<sup>17</sup>. Ni una línea encontrará el profesor Martínez-Echevarría en Adam Smith que sostenga que “la esencia del orden sobre la tierra consiste en multiplicar la riqueza material”, o que más vale un hombre rico que un hombre virtuoso. La obsesión de los liberales es con la libertad, y el elogio al capitalismo y el mercado dependen crucialmente de que se preserven la libertad y el respeto a las reglas<sup>18</sup>.

La prédica intervencionista que desde la religión declama contra el liberalismo debería ser reemplazada por el estudio de esa doctrina, del mismo modo que algunos liberales no creyentes, como Hayek, han rescatado el importante papel cumplido por la religión en el orden liberal. Una forma de aproximación podría pasar por la filosofía de los escoceses, que trazó una moral secular en el caso de Hume, y con componentes religiosos en el caso de Smith, pero que sin duda era una moral, es decir, un sistema de reglas que restringían la conducta humana –por cierto, igual que el mercado la restringe en pro del interés general. En tal sentido, y aunque las metáforas sean siempre infelices, la mano invisible, en la medida en que denuncia la imperfectibilidad humana ante órdenes que no podemos comprender, no es contradictoria con la moral y alberga asimismo más concomitancias trascendentes de lo que muchos creyentes estarían dispuestos a admitir.

17. El materialismo y el consumismo han sido también excusas esgrimidas por el poder político para arrebatar a sus súbditos los bienes materiales y de consumo. La acertada crítica de la Iglesia al excesivo apego a lo terrenal se vuelve arma peligrosa en manos de un poder que acaso no aspire, como ella, a la difusión de la espiritualidad.

18. Aduce el autor que el materialismo liberal es lo que ha causado la expansión del Estado y el monopolio empresarial, pero el liberalismo no sólo no se identifica con el materialismo sino que condena de forma explícita dicha expansión y dicho monopolio, que explica justamente por una violación de los principios liberales.